

De la solidaridad republicana al cobarde abandono. Francia y la Guerra de España

Jean-François Berdah

Aunque la guerra civil española haya sido objeto de numerosos estudios desde hace bastantes años, tanto en España como en el extranjero, la investigación contemporánea continúa proporcionando nuevas informaciones sobre distintos aspectos de este conflicto tan emblemático del siglo pasado. Y emblemático lo es sin duda, no sólo, como a menudo se ha escrito, porque pronto fue considerado como el preludio de la Segunda Guerra Mundial¹, sino también porque la guerra de España simbolizó y sigue simbolizando en el ánimo de muchas personas la lucha que opuso la democracia al fascismo, hasta el punto de servir de referencia obligada en las luchas sociales y democráticas de nuestras sociedades europeas. En efecto, ¿cómo dejar de ver en la guerra de España –y las opiniones públicas no se equivocaron al respecto, apenas iniciadas las hostilidades² - el escenario del enfrentamiento entre dos concepciones, dos visiones opuestas de la acción política y del orden internacional, una de ellas encarnada por las potencias partidarias de la fuerza (Alemania, Italia, Japón), de los hechos consumados, la otra simbolizada por una debilidad ciega, pero comprensible, y la búsqueda del apaciguamiento de las tensiones? El rearme alemán un año antes y los nuevos temores nacidos de la ocupación de Renania en marzo de 1936, habían evidenciado ya la amenaza de una puesta en cuestión del equilibrio europeo nacido de la Gran Guerra.

Hablar de guerra de España supone, entre otras cosas, tomar en consideración la dimensión internacional del conflicto, el papel desempeñado por las potencias extranjeras y por las instituciones internacionales, empezando por la Sociedad de Naciones, ya que, aun tratándose bá-

¹ Ver por ejemplo PALACIO, Léo, 1936: *La maldonne espagnole (ou la guerre d'Espagne comme répétition générale du deuxième conflit mondial)*, Privat, Bibliothèque historique, Toulouse, 1986.

² Sobre este tema ver WATKINS, Kenneth William, *Britain Divided. The Effects of the Spanish Civil War on British Political Opinion*, Londres, 1963; FOREMAN, John, "L'attitude de la Grande-Bretagne envers l'Italie et l'Espagne 1936-1938", *Relations Internationales* 2, 1974, pp. 147-163.

sicamente de una guerra civil, como no cesaban de manifestar ambos bandos, incluso de reivindicarlo a lo largo de los combates, es innegable que la influencia de la comunidad internacional y sobre todo la intervención directa de las grandes potencias en la arena española, según la expresión de Hans-Henning Abendroth³, fueron determinantes en el resultado del conflicto. Se puede por tanto decir que la intervención extranjera en el conflicto español, especialmente alemana e italiana, introdujo una distorsión sin la cual no se puede comprender la duración y la evolución de una guerra que hubiera debido mantenerse como un asunto meramente español.

Entre las naciones que ejercieron una influencia cierta sobre la evolución de los acontecimientos, Francia figura a la cabeza, junto con Gran Bretaña y Alemania. No sólo porque Francia y España presentaran situaciones políticamente comparables en la víspera del golpe militar, con la existencia de dos gobiernos de Frente Popular, sino también porque el concepto de no-intervención fue acuñado por el mismo León Blum (o en todo caso identificado con él), un concepto que, como es sabido, estará cargado de consecuencias para la Segunda República española.

Sobre este tema se han escrito muchas cosas y desde hace mucho tiempo⁴, pero aunque es posible trazar a grandes rasgos en qué consistió la actuación de Francia en el curso de la Guerra de España, sigue habiendo incertidumbres y zonas de sombra que piden ser disipadas. ¿Qué proceso de decisión condujo al gobierno francés del Frente Popular a proponer y luego defender el principio de la no-intervención? ¿Cuáles fueron las causas profundas de las oscilaciones y virajes de la política francesa, que tras haber optado por la solidaridad republicana, accede a renunciar a ella cobardemente y termina abandonando a su suerte a la República española? ¿Se puede hablar de responsabilidad francesa en el hundimiento del Frente popular español y la desaparición de la esperanza democrática en España? Me esforzaré en responder lo mejor que pueda a

³ ABENDROTH, Hans Henning, *Hitler in der spanischen Arena. Die deutsch-spanischen Beziehungen im Spannungsfeld der europäischen Interessentpolitik vom Ausbruch des Bürgerkrieges bis zum Ausbruch des Weltkrieges 1936-1939*, Paderborn, 1973.

⁴ Pienso sobre todo en AVILÉS, Juan, *Pasión y farsa. Franceses y Británicos ante la guerra civil española*, Madrid, 1994, y en los trabajos ya clásicos de PIKE, David, W., *Les Français et la guerre d'Espagne 1936-1939*, Paris, 1975 y de RENOUVIN, Pierre y RÉMOND, René (dir.), *León Blum, chef de gouvernement 1936-1938*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris, 1981.

estas preguntas, aunque debo empezar señalando que el tema merece una investigación aún más profunda⁵.

La insurrección militar que estalla en Marruecos el 17 de julio de 1936, bajo la égida espiritual del general Sanjurjo, no generó una reacción inmediata en las grandes capitales europeas, pese al estado de tensión extrema que caracterizaba el clima de las relaciones internacionales desde principios del verano. En Francia predominaban entonces otras preocupaciones, básicamente internas, relacionadas con la victoria del Frente Popular y con las tensiones sociales que se derivaron de ella: huelgas, desfiles, manifestaciones son testigos de las expectativas suscitadas en la masas populares por el cambio político que aspira llevar a cabo León Blum a la cabeza de un nuevo gobierno constituido el 4 de junio, y también de los miedos y los odios expresados por la derecha conservadora⁶. En Gran Bretaña la vida política está dominada también por los problemas internos, especialmente la cuestión sensible del presupuesto en el momento en que se están considerando nuevos gastos extraordinarios para acelerar el rearme⁷. Pero la conclusión todavía muy crítica del conflicto italo-etíope y la voluntad constante del gobierno británico de obtener un acuerdo con Alemania siguen animando un vivo debate sobre la política exterior seguida por Baldwin y Eden⁸. Por último, en Alemania e

⁵ Es curioso que no se haya realizado en Francia ninguna tesis doctoral sobre este tema, aparte del trabajo de David W. Pike, el cual, por otra parte, está basado tan sólo en el estudio de la prensa francesa, ya que los archivos no estaban abiertos en el momento de su realización.

⁶ TOUCHARD, Jean y BAUDIN, Louis, "L'état de l'opinion au début de l'année 1936", en RENOUVIN, P. y REMOND, R. (dir.), *op. cit.*, pp. 49-68.

⁷ AMAE, R841 E1, *Rapport n° 472 de García Conde (chargé d'affaires) à Barcia, "Los gastos del rearme británico"*, 6 juillet 1936; MOWAT, Charles M., *Britain between the Wars 1918 -1940*, Methuen & Co., Londres, 1955, pp. 570-572.

⁸ «Fijada ayer en el Consejo de ministros, la política internacional de este gobierno acaba de ser expuesta por el ministro de Asuntos Exteriores al pronunciar el discurso anunciado que era esperado con una impaciencia general y con animosidad por parte de los distintos sectores parlamentarios favorables a las sanciones a ultranza que hubieran deseado la dimisión de M. Eden (...) Relacionó en su discurso dos cuestiones que no pueden separarse: el conflicto italo-abisinio y el problema alemán declarando que si Alemania, cuya colaboración era indispensable, se mostraba de acuerdo con sus promesas pasadas, la confianza en Europa se restablecería y se consolidaría; ... Lloyd George pronunció en su enérgico ataque contra M. Eden, calificando como cobardía el actual cambio del gobierno en la Cámara de los Comunes, cosechando los aplausos de las oposiciones y la simpatía manifiesta de los laboristas. Tras haber expuesto su parecer (...) Lloyd George añadió: España ha cambiado su gobierno y su actitud es dife-

Italia, los dos dictadores, regocijados por los triunfos obtenidos en Etiopía y Renania, prosiguen con sus preparativos militares y elaboran nuevos planes, ya sea dirigidos hacia Austria y la Europa central en general, ya sea en dirección al Mediterráneo, donde se trazan nuevos proyectos de conquista olvidando voluntariamente el statu quo en vigor⁹.

Sin insistir en el contexto interior francés, conviene sin embargo volver brevemente a la situación política particular engendrada por la instauración del Frente Popular, especialmente al carácter inestable y frágil de la coalición formada entre socialistas y radicales, con el apoyo sin participación de los comunistas. Lo que se constata es que la dimensión internacional del programa de gobierno es, según la expresión de Serge Wolicow, “la más edulcorada”¹⁰, es decir la menos elaborada y la menos discutida. Las razones son múltiples. Obedecen ante todo a las divisiones profundas que sobre este tema existen en el seno de la coalición, pero también en el interior de las dos formaciones políticas principales. Aunque todos están de acuerdo sobre la necesidad de defender la paz y de apoyar la actuación de la Sociedad de Naciones, siguiendo en esto la política definida por Francia desde los años veinte, los medios de acción y la filosofía esgrimida por unos y otros para aplicar este programa varían considerablemente desde el pacifismo defendido por Paul Faure y Jean-Baptiste Séverac, hasta el alineamiento sobre el antifascismo militante de la izquierda radical. Pero conviene añadir que, dejando aparte a algunas personalidades de primer plano como Édouard Herriot, las cuestiones internacionales no movilizan en absoluto a los radicales, más preocupados por las apuestas electorales a nivel local o nacional¹¹. De modo que el interés real por la cuestión española permanece muy limitado antes del desencadenamiento de la guerra civil. Hay una sola excepción notable, la que representa el periódico la *Dépêche du Midi* de los hermanos Albert y

rente: De manera que desde el punto de vista de la guerra hemos obtenido el pacto Mediterráneo existente tras las sanciones. Vd. tiene una España y una Francia infinitamente más favorables de lo que eran en el pasado. Vd. tiene la totalidad de las potencias mediterráneas, salvo Italia, dispuestas a sostenerle. Y sin embargo, Vd. huye» AGA, C. 7207, *Télégrammes n° 129-130 de García Conde à Barcia*, 18-19 de junio de 1936.

⁹ Ver BLOCH, Charles, *Le IIIème Reich et le monde*, Imprimerie Nationale, París, 1986, pp. 160-175; WENDT, Bernd-Jürgen, *Großdeutschland. Außenpolitik und Kriegsvorbereitung des Hitler-Regimes*, DTV, Múnich, 1987, pp. 110-111.

¹⁰ Cf. WOLIKOW, Serge, *Le Front populaire en France*, Éditions Complexe, Bruselas, 1996, p. 209.

¹¹ Ver BERSTEIN, Serge, *Histoire du Parti radical. Vol. 2. Crise du radicalisme*, Presses de la FNSP, París, 1982 y NORDMANN, Jean-Thomas, *Histoire des radicaux, 1820-1973*, La Table Ronde, París, 1974.

Maurice Sarraut, cuyo interés por España se manifiesta muy pronto, por ejemplo creando corresponsalías permanentes desde los años 1890 o también cultivando sólidas amistades con los líderes radicales españoles, especialmente Martínez Barrio, futuro presidente del Consejo y presidente de las Cortes¹².

Tres episodios anteriores a la guerra civil permiten medir el interés de los radicales por lo que no es todavía la “cuestión española”. El primero se sitúa en noviembre de 1932, con ocasión del viaje que Édouard Herriot, por entonces presidente del Consejo, realiza a España en un contexto de crisis económica y política en el plano internacional (igualdad de derechos exigida por Alemania, conferencia sobre el desarme). Este acontecimiento, que tuvo algún eco en su momento, pero que no ha suscitado el interés de los historiadores¹³, tenía al parecer un doble objetivo, según Salvador de Madariaga, el diplomático más activo de la República española: En primer lugar, desarrollar una “coalición de las naciones democráticas occidentales, Inglaterra, Francia, España y los Estados Unidos, para oponerse a Italia y Alemania que se encaminaban al rearme y casi con toda certeza a la guerra”; en segundo lugar, evocar la cuestión estratégica del libre paso de las fuerzas francesas de África del Norte a través de España en caso de agresión de las potencias fascistas¹⁴. Hoy se sabe que todo aquello terminó en nada y que ni Francia ni España contemplaron la constitución de una alianza latina o republicana, sin duda a causa de las indiscreciones de la prensa, de la crítica violenta de los partidos de derecha hacia toda idea de “unión latina” con España y de las legítimas inquietudes de la opinión pública española¹⁵. En definitiva, lo más que se hizo fue evocar el contexto internacional y discutir algunos acuerdos concernientes a los inmigrantes españoles. Sin embargo

¹² Ver la tesis de LERNER, Henri, *La Dépêche. Journal de la démocratie. Contribution à l'histoire du radicalisme français sous la IIIe République*, Tome IV, Université Paris X Nanterre, 1975, pp. 1344-1367.

¹³ Ninguna biografía de Édouard Herriot se ocupa de este viaje y los documentos diplomáticos franceses tan sólo lo mencionan de pasada: DDF, Serie I, Tomo 1, 14 de septiembre de 1932, n° 179. Las propias memorias de Édouard Herriot al hablar de él lo hacen de manera bastante negativa. Ver HERRIOT, Édouard, *Jadis. Vol. 2. D'une guerre à l'autre, 1914-1936*, Flammarion, París, 1952, p. 351.

¹⁴ MADARIAGA, Salvador De, *Memorias. Amanecer sin melodía (1921-1936)*, Espasa Calpe, Madrid, 1974, pp. 368-373.

¹⁵ Ver BERDAH, Jean François, *La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias, 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 30-35; DENÉCHÈRE, Y., *La politique espagnole de la France de 1931 à 1936. Une pratique française de rapports inégaux*, L'Harmattan, París, 1999, pp. 235-246.

este acontecimiento olvidado atestigua el interés creciente de los dirigentes políticos franceses hacia el vecino ibérico. Como declaró Édouard Herriot en París el 28 de octubre de 1932, antes de su partida para Madrid:

«Fui uno de los primeros que deseó en Francia la llegada del nuevo régimen y ese deseo lo expresé públicamente. Llevaré pues a la joven República española el saludo afectuoso de su hermana mayor, la República francesa, y deseare que esta amistad, expresada a plena luz y sin ninguna clase de reserva mental, sirva de modelo a la que debe unir un día a todos los pueblos en el trabajo y en la paz»¹⁶

Dos acontecimientos posteriores suscitaron un interés muy vivo en los dirigentes políticos y en la opinión pública en Francia. El primero es el levantamiento obrero y regionalista en Asturias y Cataluña en octubre-noviembre de 1934. Muy pronto, el agravamiento de la situación interior y la represión militar arrojaron una sombra negativa sobre el futuro de la república hermana. Al éxito editorial de la coalición de centro-derecha en noviembre de 1933, considerado como una amenaza posible para la democracia, y al empuje de los movimientos autonomistas vasco y catalán, se suma ahora el temor a un vuelco político de España; en pocas palabras, el peligro de una guerra civil, en un contexto de fuerte inestabilidad ministerial y de crisis económica¹⁷. Este sentimiento negativo e inquieto se refleja claramente en los informes del embajador de Francia Jean Herbet, que subraya el riesgo de desaparición de la República española¹⁸. El advenimiento del Frente popular español calma por el momento las aprensiones del gobierno francés, en la medida en que la victoria de las fuerzas de izquierda se presenta como mucho más preferible que la de la derecha monárquica para el interés de la amistad hispano-francesa: en efecto, se observa un deslizamiento progresivo de la “simpatía por Francia” y un aumento de “la confianza en su futuro” a medida “que nos desplazamos desde la derecha hacia la izquierda”¹⁹. Sin embargo, la violencia urbana y los desórdenes que pronto acompañan al triunfo del Frente Popular en España traen consigo una cesura en el seno del mundo político y de la opinión francesa; y tanto más porque ello tiene

¹⁶ Citado en PÁEZ-CAMINO, Feliciano, *La significación de Francia en el contexto internacional de la Segunda República española (1931-1936)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1989, vol. 2, p. 722.

¹⁷ Ver por ejemplo *La Dépêche*, 17 enero, 3 y 26 marzo 1934; *L'Illustration*, 13 y 28 de octubre de 1934.

¹⁸ DENÉCHÈRE, Y., *op. cit.*, pp. 52-57.

¹⁹ *Ibid.*, p. 59.

lugar en plena campaña electoral en Francia y porque se multiplican los ataques verbales contra la SFIO y el partido comunista, ya que el Frente popular español era percibido por la derecha radical como la prefiguración de lo que podría ser una victoria de la izquierda²⁰.

Estos tres acontecimientos y más ampliamente las tensiones internacionales en ese principio del año 1936, no dejan de tener consecuencias en lo que concierne a la política exterior de Francia en la medida en que la polarización de la opinión pública sobre cuestiones de seguridad nacional y la necesidad de obrar con discernimiento en un contexto inquietante llevaron a los nuevos dirigentes del Frente popular a preferir una estrategia prudente que podría resumirse en la siguiente fórmula: orden en el interior, paz en el exterior. Esto es aun más cierto dado que los radicales ocuparon una posición dominante en el seno del nuevo gobierno de Léon Blum con 14 carteras de las 42 –entre ellas los ministerios de Defensa nacional y Guerra (Edouard Daladier, que es además vicepresidente del Consejo), de Asuntos Exteriores (Yvon Delbos), de Marina (Gasnier Duparc) y del Aire (Pierre Cot)- y que manifestaban una propensión cierta al pacifismo. Como subraya Serge Berstein, «92 de los 106 diputados elegidos (87%) proclaman, para asegurar la paz, su fe en la seguridad colectiva establecida por el pacto de la SDN, combinada de todos modos con una política de defensa nacional eficaz, lo que no es sino insistir sobre las posturas tradicionales del partido sobre esta materia»; pero «lo esencial es sin embargo la voluntad de paz afirmada de manera clamorosa por la casi totalidad de los diputados»²¹. Ciertamente que Léon Blum ejerce una influencia determinante sobre la acción del gobierno gracias a su carisma, a su asombrosa capacidad de trabajo, a su autoridad natural, y se puede ver en el nombramiento de Delbos en Asuntos Exteriores la voluntad de colocar ahí un hombre maleable y dócil²², pero conviene añadir que Léon Blum no se mueve en política exterior con la misma soltura que en economía y, al igual que sus predecesores, depende ampliamente de los consejos prodigados por los diplomáticos de carrera, empezando por Alexis Léger –más conocido por su pseudónimo de poeta, Saint-John Perse, que ocupa el puesto de Secretario General del Quai

²⁰ Sobre este punto y las similitudes entre los dos Frentes populares ver BORRÁS LLOP, José María, *Francia ante la guerra civil española: Burguesía, interés nacional y interés de clase*, Madrid, 1981, pp. 101-110; ALEXANDER, Martin S. y GRAHAM, H. (dir.), *The French and Spanish Popular Fronts. Comparative Perspectives*, Cambridge, 1989, 277 p.; Pike, *op. cit.*, pp. 33-62.

²¹ BERSTEIN, S., *op. cit.*, p. 433.

²² Cf. DUROSELLE, Jean-Baptiste, *La décadence, 1932-1939. Politique étrangère de la France*, Imprimerie nationale, París, 1979, p. 293.

d'Orsay desde 1933. Además, Léon Blum manifiesta en este campo una actitud ambigua desde el comienzo de los años treinta, dividido entre «su aversión por el carácter belicoso y brutal de los dictadores y su muy firme posición contra la agresión fascista» y su defensa «incansable del desarme», incluso tras el abandono de la SDN y de la conferencia de desarme de la Alemania nazi en octubre de 1933²³. Condenando la política adoptada por Pierre Laval durante la crisis etíope, León Blum escribirá en un artículo titulado “Navidad sangrienta” el 26 de diciembre de 1935, estas palabras premonitorias:

«La guerra posee, en sí misma, su fuerza propia de propagación y de duración. Por esa razón, aquellos que hubieran podido impedir que estallase la guerra africana y no lo han hecho, cargan con una responsabilidad tan terrible ante los pueblos. Esa es quizá, cuando se piensa, la carga más pesada de las que gravitan sobre M. Pierre Laval. Esta guerra es en gran parte suya [...] Jamás Mussolini hubiera emprendido la agresión etíope si hubiera sabido que la Sociedad de Naciones estaba resuelta a hacer respetar su Pacto, es decir si hubiera sabido a todas las grandes potencias, incluida Francia, resueltas a apoyar sin reservas a la Sociedad de Naciones [...] Su culpa inexplicable es ésta. Ha tenido de verdad en sus manos la Guerra y la Paz. Y él, ‘el hombre de la Paz’ no ha dejado salir más que la Guerra»²⁴

Bien es verdad que incluso en el muy tenso contexto de la mitad de los años treinta, nadie hubiera podido pensar entonces que la “cuestión española” iba a convertirse en un factor tan importante de desestabilización del equilibrio europeo, ni un vector de disgregación para la nueva mayoría en el poder. Ciertamente, las tensiones en el seno de la coalición del Frente Popular, incluso en el corazón de sus componentes políticos, eran ya evidentes, sobre todo entre el ala izquierda de los radicales, la única representada en el gobierno, y su ala conservadora. Igualmente, la adopción del programa común del gobierno, aunque aceptada unánimemente, no dejó de suscitar interrogantes, en especial cuando se prolongan las ocupaciones de las fábricas despertando la inquietud de la clientela y de los elegidos locales radicales²⁵. No obstante, el consenso que existía en materia de política exterior, pese a los matices, y su carácter secundario en relación a las reformas económicas y sociales, no parecía presentar ningún problema y mucho menos representar un factor profundo de discordia. Sin embargo, eso es lo que va a producirse con ocasión del golpe de estado en España el 17 y 18 de julio de 1936.

²³ COLTON, Joel, *Léon Blum*, Fayard, París, 1966, p. 128.

²⁴ BLUM, Léon, *L'Histoire jugera*, Éditions de l'Arbre, París, 1945, pp. 115-116.

²⁵ BERSTEIN, S., *op. cit.*, pp. 445-451, 454-460.

El alzamiento militar, aunque anunciado o anticipado desde hacía tiempo por los medios, fue una verdadera sorpresa para Léon Blum, como para todos los dirigentes europeos²⁶. ¿Acaso no acababa de informarle la víspera Jiménez de Asúa, dirigente socialista y vicepresidente de las Cortes, de paso por París, de que la situación era buena y que los líderes republicanos se sentían satisfechos?²⁷ Este suceso es tanto más inquietante por cuanto José Giral, el nuevo presidente del Consejo español, en contra de la costumbre que consiste en pasar por la vía diplomática, dirige a su homólogo francés, ya el 19 de julio, un sucinto telegrama de contenido alarmante: “Nos ha sorprendido un peligroso golpe militar. Les pedimos nos ayuden inmediatamente con armas y aviones. Fraternalmente. Giral”.

El tema que se plantea inmediatamente es, pues, saber cuál será la actitud de Francia y de su gobierno. Para Léon Blum la cuestión es clara: hay que ayudar a la República española. Ya al día siguiente un consejo restringido se organiza reuniendo, además de al presidente, a Yvon Delbos, Édouard Daladier, Pierre Cot y Vincent Auriol, el ministro de Finanzas, es decir, todos los miembros del gabinete directamente implicados en este asunto. Muy pronto se toma la decisión de enviar armas a España, pese a los inconvenientes impuestos por el rearme tardío de Francia en materia de defensa nacional y a las reticencias perceptibles entre sus ministros²⁸. Con todo, la petición española era bastante modesta –20 aviones totalmente equipados, 1000 fusiles Lebel de 8mm y un millón de cartuchos, 50 ametralladoras Hotchkiss y 12 millones de cartuchos, y por último 8 cañones Schneider de 75mm y sus accesorios²⁹ - y se podía pensar que sería posible mantener el asunto en el ámbito de la más estricta confidencialidad. Ahora bien, éste no será el caso a causa de la dimisión del embajador de España en París, Juan de Cárdenas, el 23 de julio, a la que siguen las de su consejero diplomático, Cristóbal del castillo, y su agregado militar, Antonio Barroso, lo que además de bloquear la transacción entre los dos gobiernos, favorece las filtraciones a la prensa

²⁶ Ver BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 184-197.

²⁷ VIÑAS, Ángel, “Los condicionantes internacionales”, en M. TUÑÓN DE LARA *et alii*, eds., *La guerra civil española. 50 años después*, Labor, Barcelona, 1985, p. 128.

²⁸ Ver THIEBAUT, Claude, “Léon Blum, Alexis Léger et la décision de non-intervention (juillet-septembre 1936)”, *Les Français et la Guerre d'Espagne. Actes du colloque de Perpignan*, CREPF, Perpignan, 1990, pp. 23-43.

²⁹ DDF, Serie II, Tomo 3, 27 de julio de 1936, n° 34.

parisina de derechas³⁰. Será preciso avisar con carácter de urgencia a Fernando de los Ríos, que está de vacaciones en Ginebra, en casa de su amigo Pablo de Azcárate, para suplir esta defección y concluir la transacción empezada.

¿Cómo dejar de ver a partir de entonces que la “cuestión española” se convierte en un envite mayor de la política interior francesa e incluso de la internacional? Es cierto, en efecto, que Léon Blum ha hablado con su homólogo británico, Anthony Eden, en Londres, ese mismo 23 de julio, con ocasión de la reunión de las tres potencias locarnianas occidentales –Italia no está presente– destinada a «buscar los mejores medios para asegurar la paz general en Europa con un reglamento general»³¹. Pese a que no lo confirme ningún documento diplomático y a que Eden haya asegurado lo contrario en sus memorias, no es inverosímil que el Secretario de Estado británico instara a Léon Blum a ser muy prudente en esa materia, y quizá incluso a renunciar a vender armas a España³². Sea como fuere, al regresar a Francia, el 24 de julio, Léon Blum le tomó la medida a las oposiciones a su política, tanto en los medios como en las altas esferas políticas. Camille Chautemps, que fue a buscarle a Le Bourget, le informó en ese momento de la «campana estrepitosa» lanzada por Henri de Kerillis en el *Écho de Paris* que ha publicado «todas las disposiciones que se habían tomado a propósito del abastecimiento de armas a España»³³. Las reacciones de los líderes republicanos no tardaron y figuras importantes tales como Jules Jeanneney, presidente del Senado, y Edouard Herriot, presidente de la Asamblea nacional, presionan a Léon Blum para que renuncie a una decisión que juzgan aventurada. Pero el golpe más fuerte proviene de su propio gobierno, en la persona de Camille Chautemps, Paul Bastid y sobre todo Yvon Delbos que «de reticente que era en cuanto a la ayuda a España, se ha convertido en irreductible-

³⁰ BOWERS, Claude G., *Ma mission en Espagne, 1933-1940*, Flammarion, París, 1956, pp. 268-269; THOMAS, Hugh, *La guerre d'Espagne. Juillet 1936-Mars 1939*, Robert Laffont “Bouquins”, París, 1985, pp. 268-269, 808, notas n° 32-33.

³¹ Citado en DUROSELLE, Jean-Baptiste, *op. cit.*, p. 299.

³² Léon Blum declarará en 1947 ante la comisión parlamentaria de investigación que Eden, que había ido a verle a su hotel y le había preguntado si pensaba dar armas a los republicanos españoles. Blum respondió que sí; a lo que Eden añadió: «Es asunto suyo, pero sea prudente, por favor». Por su parte Eden manifestó que en ningún momento se trató de España en las discusiones de Londres. EDEN, Anthony, *The Eden Memoirs. Vol. 2. Facing the Dictators, 1923-1938*, Cassell, Londres, 1962, pp. 405-406.

³³ Citado en BOULIC, Jean-Yves y LAVAURE, Anne, *Henri de Kerillis. L'absolu patriote*, PUR, Rennes, 1997, pp. 134-135.

mente hostil» y «arrastra con él a la mayor parte de los radicales»³⁴. En consecuencia, la sesión extraordinaria del gobierno el 25 de julio de 1936 se tradujo en una revisión de la política de apoyo a la República española, lo que se confirma en un comunicado de prensa de la agencia Fournier:

«El gobierno francés, tras haber deliberado en Consejo de ministros este mediodía, ha decidido por unanimidad no intervenir de ninguna manera en el conflicto interno de España. Esta tesis sostenida por M. Yvon Delbos, ministro de Asuntos exteriores, ha sido aprobada por unanimidad. En fin, a propósito del abastecimiento de material de guerra que el gobierno español habría solicitado, se declaraba, en medios oficiales, a la salida del Consejo de ministros: “Es falso que el gobierno francés se afirme resuelto a una política de intervención”»³⁵

Esta sesión del 25 de julio fue capital, como es evidente, en el proceso que conducirá a la política de no-intervención. De hecho, las dos sesiones suplementarias que tendrán lugar el 1 y el 8 de agosto de 1936 no hacen más que ratificar una línea política de renuncia y de abandono programado de la República española. Ciertamente, la confirmación de que la Italia fascista interviene en el conflicto directamente en provecho de los rebeldes³⁶ permite torcer secretamente la postura oficial de Francia y poner en práctica lo que más tarde se llamará “no-intervención relajada”, es decir la organización de las primeras entregas de armas con destino a la Península con el apoyo de Léon Blum y de los adversarios decididos de la no-intromisión, entre ellos Pierre Cot, Léo Lagrange, Jean Moulin y André Malraux. Pero de hecho el principio de una neutralización de los actores exteriores se impone como una realidad insoslayable, en la medida en que, según Alexis Léger, la no-intervención se muestra «como la mejor de las garantías existentes contra la propagación del conflicto»³⁷. Si Léon Blum acepta ese proyecto “espontáneamente”, es porque «no es un hombre que haga oídos sordos a las llamadas de la paz»³⁸,

³⁴ BERSTEIN, S., *op. cit.*, p. 452.

³⁵ Citado por RENOUVIN, Pierre, “La politique extérieure du premier gouvernement Léon Blum”, *Léon Blum, chef de gouvernement (1936-1937)*, *op. cit.*, p. 332.

³⁶ De los doce bombarderos Saboya Marchetti 81 prometidos por Mussolini a las fuerzas rebeldes, dos se habían estrellado o aterrizado de emergencia en Marruecos y Argelia el 30 de julio, mientras que un tercero se había hundido en el mar a cuarenta y cinco kilómetros de las costas norte africanas. DDF, 2ème Série, tomo 3, 30 de julio de 1936, n° 46.

³⁷ CAMERON, Elizabeth R., “Alexis Léger”, *The Diplomats, 1919-1939*, Princeton University Press, Princeton, 1953, p. 391.

³⁸ Cf. COLTON, Joel, *op. cit.*, p. 256.

pero también sin duda porque su permanencia a la cabeza del gobierno le parece preferible a una dimisión que penalizaría necesariamente a los republicanos españoles³⁹.

Es cierto que la influencia del gobierno británico fue determinante en el cambio de estrategia de Francia⁴⁰. El temor creciente de ver la guerra civil española degenerar en un conflicto europeo por culpa de la intervención exterior y, en esa perspectiva, la neutralidad esperada de la Gran Bretaña, en el caso de que Francia se encontrara implicada en él, son otros tantos elementos que acaban por convencer al gobierno del Frente Popular de la necesidad de aceptar un compromiso⁴¹. Aparte de la decisión de prohibir la exportación de armas con destino a España, la propuesta francesa, tal como se desprendía de la nota dirigida a Anthony Eden⁴², no tenía otra finalidad que hacer aceptar el «principio de no-intervención [...] como una regla común por los gobiernos de Londres, París y Roma» para extenderlo luego «lo antes posible a las demás naciones [...] más interesadas en los acontecimientos de España». De todos modos, lejos de abandonar la idea de un apoyo al gobierno de Madrid, el texto proseguía en términos más matizados:

«...A la espera de que se pueda establecer un acuerdo a este respecto, y puesto que los insurgentes ya están recibiendo abastecimientos de guerra, el gobierno de la República juzgaría difícil oponer desde ahora una negativa por principio a las peticiones de un gobierno regularmente constituido y oficialmente reconocido, y debería reservarse, en este campo, una libertad de apreciación que vaya más allá de la regla que se ha impuesto hasta aquí...»

Aunque esta nota hacía efectivamente «depender la no-intromisión francesa –término escogido originalmente por Léon Blum– de una actitud similar por parte de los italianos», mientras sugería un tra-

³⁹ Llegaría a declarar a Fernando de los Ríos: «Mantendré mi posición a cualquier precio y con todos los riesgos. Debemos ayudar a la España amiga. ¿Cómo? Ya veremos». Carta de Fernando de los Ríos a Giral, 25 de julio de 1936, en *Léon Blum, chef de gouvernement (1936-1937)*, *op. cit.*, pp. 407-409.

⁴⁰ Ver BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 200-207.

⁴¹ Además de la identidad de puntos de vista que unía a los radicales franceses y a los *tories* británicos en cuanto a España, es innegable que la anglofilia y el apego a la “pactomanía” que prevalecía entre los diplomáticos como Léger y Chambón, en el más puro estilo “briandista”, constituían otros tantos elementos favorables a la adopción de una línea de conducta probritánica.

⁴² DBFP, Vol. XVII, 2 de agosto de 1936, n° 45.

to de igualdad entre un gobierno legal y una facción rebelde⁴³, es igualmente cierto que la fórmula escogida por el Consejo de ministros dejaba total libertad al gobierno en lo concerniente a la entrega de armas, dado que, a la espera de una respuesta de las diferentes capitales europeas (primero Londres y Roma, después por consejo de Eden, Berlín, Moscú y Lisboa⁴⁴), se concedía el derecho implícito de responder positivamente a la súplica de Madrid⁴⁵. En este sentido, es muy posible que en la decisión del gobierno pesaran consideraciones de orden interno, ya que hubo numerosas reuniones públicas, como el mitin del Velódromo de Invierno del 31 de julio, que se vieron salpicadas por los reclamos estridentes del público a favor de la República, al grito de: «¡Aviones para España!»⁴⁶. Esto explica que pudieran tener lugar las primeras entregas de armas, en especial el envío a España de 13 cazas Dewoitine D.372 y de 6 bombarderos ligeros Potez 540, desde principios de agosto de 1936. Al mismo tiempo, las armas de mano –fusiles y municiones- y 8 cañones de campaña eran embarcados en Burdeos en el carguero *Artxuri Mendi*. En las siguientes semanas fueron expedidos otros materiales, pero en modestas proporciones y a un ritmo irregular, muy inferior al volumen de la ayuda alemana e italiana a las fuerzas rebeldes⁴⁷. Además los cazas y bombarderos llegaban a España “desarmados”, es decir desprovistos no sólo de sus armas (ametralladoras, bombas), sino también de soportes, cajas para municiones, mecanismos de tiro, etc., reduciendo considerablemente su eficacia inmediata.

Se comprende cuáles serían la amargura y la decepción del gobierno español ante la actitud del gobierno francés cuando el 8 de agosto, bajo la presión británica⁴⁸ y las oposiciones internas, Léon Blum procla-

⁴³ Cf. LACOUTURE, Jean, *Léon Blum*, Le Seuil, 1977, reéd. Points Seuil Histoire, Paris, 2000, p. 349.

⁴⁴ Cf. DUROSELLE, Jean-Baptiste, *op. cit.*, pp. 302-303.

⁴⁵ Teniendo en cuenta lo que se sabe de él, sigue siendo imposible afirmar si entraba en la intención de Léger introducir una ambigüedad voluntaria en el comunicado gubernamental y permitir así a Blum legitimar las entregas de material de guerra posteriores. En cambio, Claude Thiebaut tiene toda la razón al subrayar la importancia de este texto respecto a las posibilidades teóricas que ofrecía al gobierno francés. Ver THIEBAUT, Claude, *op. cit.*, p. 37.

⁴⁶ DBFP, Vol. XVII, 2 de agosto de 1936, n° 44.

⁴⁷ Ver HOWSON, Gerald, *Armas para España. La historia contada de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 1998, pp. 40-48, 78-90; BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 233-246.

⁴⁸ Especialmente mediante el embajador, Sir George Clerk, que no vacila en intervenir: «Soy consciente de mi responsabilidad al hablar al ministro de Asuntos Exteriores como lo hice, sin instrucciones, pero tenía razones para creer que

mó su intención unilateral de poner en práctica los principios de no-intervención y prohibir por tanto toda exportación de armamento con destino a España⁴⁹. A decir verdad, León Blum se sintió profundamente trastornado por los tormentosos debates del Consejo de ministros, ¿acaso tenía otra elección que la de retirar su palabra, después de que la Unión Soviética anunciara dos días antes su voluntad de adherirse a la no-intervención? Es al menos lo que Blum dirá en su célebre discurso del Luna Park, defendiendo el 6 de septiembre la idea de una verdadera neutralidad internacional⁵⁰.

En unas pocas semanas el horizonte se había ensombrecido considerablemente para la segunda República española. No sólo sus derechos elementales en tanto que estado legítimo son escarnecidos por la sociedad internacional, puesto que se les impide procurarse los medios necesarios para su defensa, sino que se ve cada vez más amenazada por la intervención exterior de las potencias del Eje. Sin embargo, lejos de bajar los brazos, bien al contrario, la República reorganizará su diplomacia y tratará por todos los medios de salvaguardar sus intereses⁵¹. Esto es aún más vital dado que la propuesta francesa de consenso ha sido validada por el gobierno británico, el 15 de agosto, ante la petición insistente de París⁵², y que se contempla la creación en Londres de un Comité de control internacional.

Su puesta en funcionamiento no es fácil, ya que supone en primer lugar la adhesión de todas las potencias europeas, especialmente de aquellas que se encuentran implicadas en el conflicto al lado de los rebeldes, o sea Alemania, Italia e indirectamente Portugal. Ahora bien, esta adhesión es el tema de ásperas discusiones relativas al principio mismo de la no-intervención, especialmente en Berlín, puesto que se trata ante todo de ganar tiempo y de permitir el envío masivo de armas a España en el plazo más breve a fin de crear un desequilibrio estratégico favorable a la *Junta de Defensa*⁵³. Hasta pasadas varias semanas los gobiernos alemán

los (elementos) extremistas del gobierno estaban ejerciendo una presión creciente sobre M. Blum, y tuve la certidumbre de que lo que dijera podía fortalecer la posición de los elementos moderados y sensatos», DBFP, Vol. XVII, 7 de agosto de 1936, n° 67.

⁴⁹ DDF, Serie II, Tomo 3, 10 de agosto de 1936, n° 120; 9 de agosto de 1936, n° 109, 111 et 112.

⁵⁰ *Le Populaire*, 7 de septiembre de 1936

⁵¹ BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 207-222, 255-268.

⁵² DBFP, Vol. XVII, 12 d agosto de 1936, n° 83.

⁵³ El gobierno francés es perfectamente consciente de ello. DDF, Serie II, Tomo 3, 13 de agosto de 1936, n° 136-138.

e italiano, luego el portugués, no acceden a dar su adhesión al acuerdo, pero habrá que esperar aún al 9 de septiembre para que tenga lugar en Londres la primera reunión, bajo los auspicios del *Foreign Office* que, además del hecho de acoger al nuevo Comité en uno de sus salones de gala —el salón Locarno—, fue también reclamado para asumir la presidencia, por la intermediación de William Morrison, el secretario financiero para el Tesoro, y de Francis Hemming, funcionario del *Economic Advisory Council*, nombrado en el puesto de secretario⁵⁴. Entre las veintiséis naciones participantes⁵⁵ se encontraban, por supuesto, la delegación británica, dirigida por el mismo Morrison y la delegación alemana, representada por el príncipe Otto von Bismarck, encargado de negocios (reemplazado después por von Ribbentrop), así como las delegaciones francesas, italiana y rusa, representadas respectivamente por Corbin, el embajador de Francia, Dino Grandi, embajador de Italia, y Samuel Kagan (o Cahan), el encargado de negocios soviético (también él a la espera de ser reemplazado por Iván Maisky, el embajador titular)⁵⁶.

No es mi propósito, desde luego, explicar en detalle cómo el Comité de Londres puso en práctica la no-intervención, sino simplemente subrayar cuáles fueron los principios rectores y sobre todo cuál fue la actuación de Francia respecto a la República española hasta la derrota final el 31 de marzo de 1939.

En cuanto al primer punto, es cierto que el Comité de Londres padeció desde su inicio profundas insuficiencias. En el plano jurídico, para empezar, porque la no-intervención no implicaba ninguna obligación, al contrario que un tratado internacional, por ejemplo, y dependía por entero de la buena voluntad y de la cooperación de los Estados firmantes. Así pues, enseguida quedó claro que el “Comité Internacional para la Aplicación de la No-Intervención en España” no era para Alemania, ni sobre todo para Italia, un instrumento destinado a llevar a buen término la idea de una no-injerencia de las grandes potencias en la “guerra civil”, sino más bien un marco jurídico sin poderes que permitiría a

⁵⁴ PRO, FO 849/1, *Stenographic Notes of the First Meeting*, 9 de septiembre de 1936.

⁵⁵ El Comité estaba constituido, por orden de adhesión al acuerdo de no-intervención, por las naciones siguientes: Albania, Austria, Bélgica, Bulgaria, Checoslovaquia, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Grecia, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Holanda, Polonia, Rumanía, Suecia, Turquía y Yugoslavia, además naturalmente de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia y la Unión Soviética. Sólo Portugal estuvo ausente de la sesión inaugural en razón de exigencias propias. No se unirá al Comité de Londres hasta el 28 de septiembre.

⁵⁶ PRO, FO 849/1, *op. cit.*, 9 de septiembre de 1936.

Hitler y a Mussolini entorpecer la actuación de las democracias por medio de procedimientos dilatorios constantes y, en definitiva, obstaculizar toda medida que pudiera perjudicar a las fuerzas rebeldes. Además, la no-intervención reposaba sobre el miedo recíproco de ver a las potencias fascistas o a la democracia francesa comprometerse a fondo en el conflicto, junto a uno u otro de los dos beligerantes, y que, en virtud de este principio, el fin de una cooperación internacional a favor de la no-injerencia «fuera esencial –según los términos de André Blumel, jefe de gabinete de Léon Blum- una tentativa para impedir que otros hagan lo que nosotros somos incapaces de llevar a cabo»⁵⁷. Por último, al dejar de lado a ambos beligerantes, es decir a las dos Españas, republicana y rebelde, se cuestionaba profundamente el derecho internacional, pues se ponía en el mismo plano de igualdad al gobierno legítimo de España y la autoridad facciosa representada por la Junta Militar de Burgos⁵⁸.

La aplicación de la no-intervención tuvo también profundas repercusiones sobre la política exterior e interior del gobierno del Frente popular. La intensidad de los debates en la Asamblea nacional y en la opinión pública atestiguan el carácter pasional de la “cuestión española”. Las divisiones que se han subrayado ya desde el mismo inicio de la guerra de España se amplificaron en el seno del partido radical y de la SFIO entre los partidarios del apoyo a los republicanos españoles y aquellos que defendían el principio de la no-intromisión a cualquier precio. Entre los primeros figuran, entre otros, Maurice Violette, Pierre Cot, Jean Zay, Vincent Auriol, Roger Salengro, Marx Dormoy y Léo Lagrange; entre los segundos, Camille Chautemps, Yvon Delbos, Édouard Daladier, Paul Bastid, Albert Bedouce, Georges Monnet, Charles Spinasse y George-Henri Rivière. Y después, sobre todo, hay que contar con la oposición obstinada del Partido comunista francés y de la CGT que no vacilan en

⁵⁷ Citado en LACOUTURE, Jean, *op. cit.*, p. 359.

⁵⁸ Léon Blum dirá al respecto: «La cuestión del derecho público no es más dudosa que la cuestión del interés directo y nacional de Francia. Como nosotros mismos lo hemos dicho en un documento público, el gobierno constituido por el presidente de la República Azaña, conforme con las directrices trazadas por el sufragio universal consultado, es el gobierno regular de una nación amiga. Cuando se trata de estas palabras: gobierno legal, gobierno regular, prefiero añadir, por lo que a mí respecta, las palabras o la fórmula “gobierno salido del sufragio universal y que responde a la voluntad y la soberanía populares”», *Le Populaire*, 7 de septiembre de 1936.

criticar a Léon Blum, cuando la Unión Soviética ha aceptado oficialmente la política de no-intervención.⁵⁹

Al filo de las semanas, la movilización de los militantes obreros se tradujo en la organización de movimientos de solidaridad bajo la égida de la CGT, del PCF, del Socorro rojo de Francia (que se convertirá en el Socorro Popular)⁶⁰ y el reclutamiento de miles de voluntarios que formarán la primera base de las Brigadas Internacionales⁶¹

La sesión parlamentaria del 4 y el 5 de diciembre de 1936 atestigua esta radicalización política en torno a la “cuestión española”. La inquietud creada por la partida de los voluntarios franceses y la creciente confirmación de que las potencias del Eje no respetaban en absoluto las obligaciones inherentes a la no-intervención hace que muchos se planteen como necesaria la adopción de una neutralidad “absoluta” por parte de Francia. En la derecha, evidentemente, se ataca al Frente Popular acusándole de no aplicar la no-intervención y de hacer el juego a la Unión Soviética, en detrimento de los intereses nacionales que exigen no indisponerse «con la parte de España que triunfe». De ahí la decisión tan discutida de hacer promulgar una ley contra la partida de los voluntarios a España en enero de 1937⁶². En la izquierda, por el contrario, el PCF, fiel a sus principios, rehusó dar el voto de confianza al gobierno de Blum sobre su política exterior, explicando por voz de Maurice Thorez que «nos es imposible aprobar el bloqueo de la España republicana, en oposición a nuestro programa común de luchar por la libertad y por la paz. Tan sólo el interés por la cohesión del Frente popular nos impide votar

⁵⁹ «Nos hemos alzado con todas nuestras fuerzas contra el bloqueo de la España republicana que además constituye una violación del derecho internacional. Hemos subrayado hasta qué punto era peligroso dejar así que se cree un precedente temible que podría ser utilizado mañana contra otros países, incluida Francia, por los detentadores del fascismo internacional». DUCLOS, Jacques, *Mémoires. Vol. 2, 1935-1939. Aux jours ensoleillés du Front populaire*, Fayard, París, 1969, pp. 189-190.

⁶⁰ A la *Commission de solidarité du rassemblement populaire pour l'aide au peuple espagnol*, creada el 3 de agosto de 1936, sucede la *Commission d'entraide au peuple espagnol* en septiembre, tras la firma del acuerdo de no-intervención. Un *Comité d'accueil aux enfants d'Espagne* se creará en noviembre por la CGT.

⁶¹ Ver SKOUTELSKY, Rémy, *L'espoir guidait leurs pas. Les volontaires français dans les Brigades internationales, 1936-1939*, Grasset, París, 1998.

⁶² MAURIN, Jules, “La Chambre des députés et la guerre civile espagnole”, *Les Français et la Guerre d'Espagne, op. cit.*, 52-53.

en contra de esa política, porque queremos creer que se logrará proteger la paz sin abandonar a la España republicana...»⁶³.

Parece evidente que Léon Blum pasa en esos momentos por una fase muy difícil, que completan los violentos ataques antisemitas de los que es objeto y las críticas virulentas de la derecha contra su política económica y monetaria. La “pausa”, decidida en febrero de 1937 a fin de calmar a una inquieta opinión pública, no afecta sin embargo a la política española de Francia; al contrario incluso, dado que Francia participa activamente en la puesta en práctica de un plan de control elaborado por el Comité de Londres destinado a vigilar las fronteras terrestre y marítima de España y a bloquear toda entrada de material militar en provecho de cualquiera de los dos beligerantes.

Este plan plantea la cuestión de la actitud de Francia respecto a los refugiados españoles y extranjeros. En efecto, una consecuencia de la guerra civil española es que, ya desde las primeras semanas del conflicto, se arrojan a las carreteras, en dirección a Francia, millares de personas. En Laruns (Bearn) se acogen el 19 de julio los primeros refugiados, entre ellos Borderas, diputado socialista de Jaca, el alcalde de esa misma ciudad, y el de Canfranc, que no deben el haber salvado su vida más que a su sangre fría:

«Estaban trabajando en el ayuntamiento cuando lo invadieron los soldados. Sin perder un minuto, se montaron en un coche y se dirigieron a buena marcha hacia la frontera, sin nada de equipaje [...] Poco después, llegaban las órdenes de arresto, pero los refugiados se encontraban ya en suelo francés...»⁶⁴

Si se cuentan cerca de 240 refugiados en tan sólo los convoyes que llegan a Pau a principios de septiembre, es verosímil que varios centenares, e incluso varios miles de republicanos españoles consigan alcanzar territorio francés por tierra hasta Hendaya, desde Irún y San Sebastián, evacuados precipitadamente por los soldados y combatientes de la república, y también por mar en lo que concierne a las provincias cantábricas que pronto se encontraron aisladas desde el punto de vista territorial⁶⁵. A partir de septiembre, numerosas expediciones alcanzan las costas francesas, especialmente los puertos de Gironde, por iniciativa de las au-

⁶³ Citado en Édouard Bonnefous, *Histoire politique de la Troisième République. Tome 6*, París, 1965, pp. 60.

⁶⁴ Citado en ARNOULT, Claire, “L'accueil des réfugiés espagnols en Béarn et en Soule de 1936 à 1940”, *Les Espagnols et la guerre civile*, Atlantica, Pau, 1996, p. 338.

⁶⁵ *L'Illustration*, 12 y 19 de septiembre de 1936.

toridades francesas que desean canalizar y encuadrar tan importante flujo de población⁶⁶. Lo mismo sucede al otro extremo de los Pirineos, en Aragón y sobre todo en Cataluña, donde varios miles de personas, especialmente sacerdotes, religiosas y familias etiquetadas como de derecha, buscan refugiarse en territorio francés para escapar de la venganza popular y a los ajustes de cuentas surgidos del alzamiento militar⁶⁷.

De hecho, toda la política fronteriza de Francia es revisada. La norma en vigor, desde el 14 de abril de 1862, dictada por el tratado bilateral firmado entre Napoleón III e Isabel II sobre fronteras e intercambios de población, se basaba en un contenido bastante vago, ya que no hacía mención explícita ni a los obreros agrícolas e industriales, con mucho los refugiados españoles más numerosos, ni a los exilados políticos. Sin embargo Francia había suscrito en el curso de las décadas siguientes numerosos compromisos internacionales que la obligaban a acoger personas de otras nacionalidades y a sobreeser toda medida de rechazo o expulsión, como lo confirmaban las primeras instrucciones enviadas a los prefectos de los departamentos fronterizos el 20 de julio y el 6 de agosto de 1936⁶⁸.

Todo esto cambia a partir del 7 de marzo de 1937, ya que el plan de control trae consigo la puesta en práctica de una vigilancia muy estricta de la frontera pirenaica. Efectuado por centenares de funcionarios internacionales, con ayuda de los servicios franceses, se ocupa tanto de los desplazamientos de personas como de los de mercancías que podían transitar por las fronteras. Ahora, el gobierno francés es muy claro sobre este punto: “Es indispensable que el control resalte el rigor aportado en la observación de nuestros compromisos internacionales y demuestre con ello el carácter tendencioso de las campañas que hayan podido poner en duda la buena fe de Francia en la aplicación del acuerdo de no-intervención”⁶⁹. Lo que preocupa al gobierno francés, más que la instalación de mujeres y niños en Francia, es la cuestión de los soldados republicanos que franquean la frontera y la de los voluntarios franceses que combaten en España. De ahí la importancia de la retirada general de los

⁶⁶ Javier Rubio, “La politique française d'accueil : les camps d'internement”, *Exils et migration. Italiens et Espagnols en France, 1938-1946* (Pierre Milza et Denis Peschanski, Eds.), L'Harmattan, Paris, 1994, p. 114.

⁶⁷ BENNASSAR, Bartolomé, *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, Perrin, Paris, 2004, pp

⁶⁸ RUBIO, Javier, “Política francesa de acogida. Los campos de internamiento”, en J. CUESTA y B. BERMEJO, eds., *Emigración y exilio. Españoles en Francia, 1936-1946*, Eudema, Madrid, 1996, pp. 88-90.

⁶⁹ DDF, Serie II, Tomo 5, 5 de marzo de 1937, n° 71.

voluntarios extranjeros enrolados en uno u otro campo, especialmente «los voluntarios franceses que no han alcanzado aún la edad de 21 años y los que han quedado inútiles para el servicio armado a consecuencia de heridas o enfermedades»⁷⁰.

La actitud del gobierno francés es, por supuesto, vivamente criticada por el gobierno republicano instalado en Valencia. No sólo porque París no hace nada por suavizar su política en un sentido más favorable a la República, mientras que la violación del acuerdo de no-intervención por parte de Alemania e Italia está ampliamente confirmada por las representaciones diplomáticas y la prensa⁷¹, sino también porque el embajador de Francia, Jean Herbette, que desde el verano de 1936 no ha querido dejar San Sebastián, conduce una acción insidiosa cada vez más favorable a los rebeldes, sugiriendo con prudencia, por ejemplo, el reconocimiento de los dos beligerantes⁷². La sustitución de Léon Blum por Camille Chautemps al frente del gobierno, el 22 de junio de 1937, no conlleva cambio alguno en la política francesa, salvo el nombramiento, unas semanas más tarde, de Eirik Labonne en el puesto de embajador, oficialmente por el paso a disponible de Jean Herbette⁷³. E incluso aunque Léon Blum se dé cuenta durante el verano de 1937 de que el acuerdo no se ha producido, que «ha sido entorpecido precisamente por las dictaduras totalitarias, que son ya responsables de la reaparición del peligro de guerra, en mayor medida, del debilitamiento de la SDN», continúa sin embargo aferrado a la idea de seguridad colectiva aceptando finalmente el hecho consumado: «Las democracias toleran junto a ellas tranquilamente la existencia de Estados dictatoriales. Se les condene o se les alabe, el hecho está ahí»⁷⁴.

La única luz de esperanza para la República española es que el antiguo presidente del Consejo estima que, a partir de este momento,

⁷⁰ DDF, Serie II, Tomo 5, 25 de marzo de 1937, n° 176.

⁷¹ Ver por ejemplo DDF, Serie II, Tomo 5, 20 de febrero de 1937, n° 4; 4 de marzo de 1937, n° 66.

⁷² DDF, Serie II, Tomo 6, 11 de junio de 1937, n° 55.

⁷³ La reacción de Manuel Azaña ante esto no es nada ambigua: «Me da también la noticia [Giral] que por fin el Gobierno francés nombra un nuevo embajador, quitando a Herbette. Los últimos escándalos del espionaje en el país vasco-francés, han acabado por demoler a Herbette. Todas las noticias son de que estaba a partir del piñón con los rebeldes. Este señor se ha portado con nosotros puercamente, en todos los terrenos, y estoy seguro de que sus informes tendenciosos no habrán dejado de perjudicar a la República ante el Gobierno francés». Manuel Azaña, *Obras completas*, Vol. 4, Ediciones Giner, Madrid, 1990, p. 809.

⁷⁴ BLUM, Léon, *L'Histoire jugera*, *op. cit.*, pp. 159, 161.

tiene las manos libres para organizar la “no-intervención relajada”, es decir la ayuda militar clandestina a la República española gracias a la complicidad de las aduanas, puestas bajo la responsabilidad directa de Vincent Auriol, de la gendarmería y de las organizaciones obreras adictas al Frente Popular español⁷⁵. La política de ayuda clandestina a la República española formaba parte además del acuerdo personal cerrado entre el presidente del Consejo y Léon Blum ya que, si creemos a este último, la asistencia al gobierno de Valencia se había puesto como condición previa a la participación socialista en el primer ministerio Chautemps y al apoyo parlamentario en el segundo⁷⁶. En realidad, como muy justamente ha escrito Juan Avilés, «la contribución de Francia a la resistencia republicana consistió sobre todo en que, en contra del compromiso de no-intervención, permitió el paso a través de su territorio de suministros militares procedentes de terceros países, especialmente de la Unión soviética»⁷⁷. Por lo demás, la monografía de Gerald Howson consagrada al tema de las armas en la guerra de España decapita no pocas leyendas, especialmente la que afirma que los dos campos beligerantes dispusieron del mismo apoyo logístico por parte de las potencias extranjeras⁷⁸. Según las evidencias, el apoyo de París a la República española estuvo lejos de ser tan masivo como pretendía la prensa de derechas y de extrema derecha francesa, dado que la adopción de los tratados de Nyon, el 14 de septiembre de 1937, trajo consigo un nuevo cambio de estrategia respecto a la frontera. En efecto, la crisis provocada por el bombardeo del crucero alemán *Leipzig* el 15 y el 18 del junio anterior, que estuvo a punto de arrastrar a la Alemania nazi a una guerra abierta contra la República española, al tiempo que provocaba un encadenamiento bélico incontrolable, había llevado a las grandes potencias a neutralizar, o más exactamente a circunscribir, la guerra civil española, y a evitar que violaciones repetidas del derecho internacional en el Mediterráneo condujeran a una deflagración mundial⁷⁹. Ahora bien, aunque este “plan mediterráneo” tiene sobre todo implicaciones marítimas, está claro que el contrabando de guerra y el paso de voluntarios se efectúan también por vía terrestre, lo

⁷⁵ Ver AVILÉS, Juan, *Pasión y farsa*, *op. cit.*, pp. 103-207; GRISONI, Dominique y HERTZOG, Gilles, *Les brigades de la mer*, Grasset, París, 1979.

⁷⁶ COLTON, Joel, *op. cit.*, p. 268.

⁷⁷ AVILÉS, Juan, “Francia y la guerra civil española: Los límites de una política”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, UNED, Madrid, 1992, p. 181.

⁷⁸ HOWSON, Gerald, *op. cit.*, p. 350.

⁷⁹ BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 302-305; *L'Illustration*, 18 de septiembre de 1937.

que lleva a partir de los meses de noviembre a la instalación de un verdadero plan de cierre que asegure la total impenetrabilidad de las fronteras⁸⁰

La política francesa ya no experimentará más modificaciones hasta el fin del conflicto, salvo en dos puntos, las fronteras y las relaciones con los dos beligerantes españoles. Respecto a la frontera, se produce una breve apertura entre noviembre de 1937 y enero de 1938, pero de nuevo se cerrará en el mes de junio, poco antes de la caída del segundo gabinete de Chautemps⁸¹. Esta decisión es el resultado, en gran parte, de la descomposición del Frente popular francés, unida a la hostilidad creciente de los radicales hacia los socialistas y a las crisis ministeriales que se suceden en la primavera de 1938. Éste es particularmente el caso en marzo y abril, en el curso del retorno efímero de Léon Blum al poder⁸². Como señala el conde Jordana el 13 de marzo, al día siguiente de unas conversaciones privadas:

«a) Una gran parte de los elementos y Ministros Radicales-Socialistas integrados hoy o por lo menos hasta hoy, en el Frente Popular Francés, comprenden claramente los errores de la política exterior de los tres gobiernos Frente Popular, y creen firmemente en la victoria del Generalísimo Franco. b) Estos mismos hombres políticos estiman que es necesario reanudar en cualquier forma las relaciones con la España Nacional, pero temen a una oposición revolucionaria de aquellos otros elementos que siguen aferrados a los rojos»⁸³

De todas maneras, el advenimiento del gobierno Daladier, el 10 de abril de 1938, acentúa netamente la política de apaciguamiento de Francia y su alineación junto a la política exterior británica con el nombramiento de Georges Bonnet al frente del ministerio de Asuntos Exteriores⁸⁴. Por supuesto, esta reorientación tiene consecuencias dramáticas para la República española, ya que el cierre de la frontera trae consigo la detención inmediata de las entregas de armas en un contexto militar crí-

⁸⁰ Cf. MARTIN, François, *Les Républicains espagnols en Ariège (1939-1945)*, memoria de licenciatura, Universidad de Toulouse II-Le Mirail, 1999, pp. 11-14.

⁸¹ AVILÉS, Juan, *Pasión y farsa*, *op. cit.*, pp. 109-113

⁸² BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 363-371.

⁸³ AMAE, R888 E12, *sín título*, 13 de marzo de 1938.

⁸⁴ Un telegrama de Quiñones de León lo confirma muy claramente: «Me consta en efecto que Sir Eric Phipps ha desplegado una eficaz actividad, cerca del Gobierno francés, para moderar los impulsos de intervención que le animaban en los días en que regía el Ministerio de Negocios Extranjeros M. Paul-Boncour, con quien mantuvo incesante discusión». AMAE, R833 E13, *Telegrama de Quiñones de León a Jordana*, 28 de abril de 1938.

tico tras la caída de Teruel⁸⁵. De hecho, la “no-intervención relajada” funcionó mucho peor de lo que pensaban las autoridades francesas y sobre todo el gobierno de Burgos. Un informe-resumen sobre la intervención francesa en España datando sin duda de finales del mes de junio o julio de 1938 habla de tráfico intenso de material, de la presencia de millares y millares de milicianos voluntarios, del abastecimiento de cerca de 700 aparatos, entre franceses y extranjeros, incluido «el primer ejemplar del famoso aeroplano con motor cañón»[sic]⁸⁶. Ahora bien, hoy se sabe que esas cifras estaban muy sobreestimadas y que la República española sólo recibió una pequeña parte de esos envíos teóricos. Como señala, por ejemplo, Gerald Howson, «el número total de aviones soviéticos enviados entre el 14 de diciembre de 1937 y el 11 de agosto de 1938 no fue 300 sino 152»⁸⁷.

Es innegable que esta reorientación debe relacionarse con la victoria militar del gobierno de Burgos en Teruel y Aragón, así como al corte posterior del campo republicano en dos zonas distintas, en abril de 1938⁸⁸. A partir de ese momento, Franco se considera en posición de fuerza para forzar a Francia a cambiar el rumbo de su política española, afirmando, por una parte, su determinación de no ceder nunca «a nadie la más pequeña porción de su territorio metropolitano, insular o colonial», ni de «jamás atacar a Francia ni en que por nadie se tome su territorio como base para ello», por otra parte exigiendo «ante todo que cese por la frontera pirenaica del paso de armas, municiones y material de guerra que, cualquiera que sea la procedencia, permite prolongar inútilmente una sangrienta lucha que hace tiempo hubiese terminado sin aquel tránsito»⁸⁹. Se ve así que los intereses franceses se mezclan estrechamente con las presiones franquistas en la redefinición de la política exterior del gobierno Daladier. De hecho, tan sólo el compromiso de Francia a favor

⁸⁵ BERDAH, Jean-François, “La frontière existe-t-elle pour les historiens ? La frontière franco-espagnole au 20^e siècle”, *Guerre et frontières. La frontière franco-suisse pendant la Seconde Guerre mondiale*, Lavauzelle, París, 2006 (en prensa).

⁸⁶ AMAE, R888 E12, *Intervención francesa en España*, sin fecha (junio-julio 1938).

⁸⁷ HOWSON, Gerald, *op. cit.*, p. 336. La cifra de 300 se recoge también en el informe citado más arriba: «También fue en el mes de junio cuando Barcelona recibió de Rusia 300 aparatos construidos en las fábricas soviéticas de Fili y Gorki».

⁸⁸ Ver MIRALLES, Ricardo, “Georges Bonnet y la política española del Quai d’Orsay”, *Mélanges de la Casa de Velásquez* 30 (3), 1994, pp. 113-141; VÍÑAS, Ángel, “Las relaciones hispano-francesas, el gobierno Daladier y la crisis de Munich”, *Españoles y Franceses en la primera mitad del siglo XX*, CSIC, Madrid, 1986, pp. 161-201.

⁸⁹ AMA E, R888 E12, *Entrevista con Peretti*, 9 de mayo de 1938.

de la política de no-intervención en el seno del Comité de Londres y el miedo a las resistencias internas se oponen al reconocimiento, al menos *de facto*, del gobierno de Burgos; tal como declarará Pierre-Étienne Flandin a Jordana con ocasión de una entrevista privada el 30 de agosto de 1938:

«Estima asimismo Monsieur Flandin que el Gobierno francés a su vez tampoco queda bien situado, pues como ha jugado la carta favorable al éxito del Comité de no-intervención, adelantándose a él con el cierre de la frontera pirenaica, se encontrará en una postura delicada al reanudarse las sesiones del Parlamento, mucho más en el caso de que el citado Comité de Londres fracase definitivamente, lo que unido a las exigencias actuales de la política interior de Francia, hace temer se desemboque hacia una crisis de fondo, de la que surgirá o bien la ruptura del frente popular o un posible Gobierno Blum en el próximo Otoño ; posibilidad esta última que tratan de evitar por todos los medios a su alcance los políticos de centro y de centro-izquierda»⁹⁰

La crisis de Múnich en septiembre de 1938 y la degradación de la situación internacional ampliarán la política francesa de abandono hacia la República española. Frente a la intransigencia de Hitler en la cuestión checoslovaca, el gobierno Daladier va más que nunca a remolque de la política británica, contrariamente a las informaciones provenientes de París que hacen temer a Burgos un realineamiento a favor de Barcelona en la medida en que «desde el punto de vista francés, la situación se presenta del modo siguiente: la España Nacional se halla fatalmente atraída hacia el Eje Alemania-Italia, aun queriendo mantener una apariencia de neutralidad». Así, los agentes nacionalistas parecen totalmente convencidos de que «Francia considera como necesaria una intervención inmediata en España», precisando incluso que «según unos en los planes del EM [Estado Mayor] entra el disponer de tres divisiones para reforzar las posiciones de los rojos de Cataluña y tratar de obtener rápidamente el contacto con las zonas de Valencia; según otros, esas tres divisiones se situarían en la línea del Pirineo que va desde Hendaya hasta el Noguera Pallaresa, iniciando una ofensiva en concordancia con los rojos y las tropas coloniales dispuestas a reforzar la frontera del protectorado marroquí»⁹¹.

De hecho, nada de todo eso se corresponde a la menor realidad, pero en Burgos hay una viva inquietud, hasta el punto que Franco pro-

⁹⁰ AMAE, R888 E12, *Entrevista con el ex-presidente del Consejo Monsieur Flandin*, 30 de agosto de 1938.

⁹¹ AMAE, R888 E12, *Informaciones de Francia. Nota n° 5*, 5-18 de septiembre de 1938.

clama la neutralidad de la España nacionalista el 26 de septiembre, no sin haber sondeado antes a Alemania sobre las eventuales consecuencias de su decisión⁹². Las esperanzas que suscitaron en Barcelona este contexto, pero favorable a la República, duraron poco y no permitieron persuadir a las grandes potencias occidentales a prestar todo su apoyo a la causa de la democracia en España. Una vez pasada la crisis, el gobierno Daladier continuará con su política ambigua, con su doble juego, manteniendo por una parte los lazos oficiales con la República española y esforzándose, por otra parte, siguiendo el ejemplo de los británicos, en preparar un reconocimiento *de facto*, prácticamente *de iure*, del gobierno nacionalista. Más ampliamente, la política exterior francesa de septiembre de 1938 a marzo de 1939 se traduce en un inmovilismo, una política de espera circumspecta hacia los acontecimientos de España: «¿Reabrir las fronteras a favor de los republicanos españoles, o reconocerle a Franco el estatuto de beligerancia? Tal es el dilema del gobierno francés a finales de 1938»⁹³. Paradójicamente, los dirigentes franceses se dan cuenta de que Franco no tiene ninguna prisa en finalizar el conflicto. Como se lo explica un enviado franquista a George Bonnet el 31 de octubre de 1938, «no le preocupa [a Franco] en lo más mínimo que la guerra pueda durar uno ó dos años más, si con ello ha de llegar a un aquietamiento total de los espíritus españoles. Aún más [añadió] yo opino, de un modo particular, que la caída vertical de la zona roja nos proporcionaría problemas y molestias análogos y más intensos que los que nos ha proporcionado el derrumbamiento de Asturias».⁹⁴

La decisión republicana de acelerar la partida de las Brigadas Internacionales en septiembre y octubre de 1938, respetando las decisiones tomadas por el Comité de Londres, no trajo consigo ningún cambio favorable de Francia. Por el contrario, el hundimiento acelerado del campo republicano tras el fracaso de la batalla del Ebro, el 16 de noviembre, y de la ofensiva en Cataluña en el mes de diciembre, se presenta como el signo manifiesto del previsible triunfo de Franco: Sin embargo, Jordana se equivoca de nuevo sobre la actitud francesa cuando escribe el 9 de enero de 1939:

«La actitud de Francia es clara. Lograr que repatriemos el mayor número de voluntarios para debilitarnos y romper los lazos que nos unen a Italia y Alemania y ayudar por su parte a los rojos para sostener su resistencia. Una vez

⁹² ADAP, D III, 28 de septiembre de 1938, documento n° 666.

⁹³ DUROSELLE, Jean-Baptiste, *op. cit.*, pp. 406-407.

⁹⁴ AMAE, R888 E12, *Breve memoria presentada por el Sr. A. relatando su entrevista con el ministro de Negocios Extranjeros francés Monsieur Bonnet...*, 31 de octubre de 1938.

que se equilibrasen las fuerzas ir a una mediación que transformase la España del futuro en una España fatalmente debilitada y susceptible de ser conducida como una más de sus Colonias [sic]»⁹⁵

De nuevo el gobierno de Burgos está equivocado, no se da cuenta de hasta qué punto la Francia de Daladier no puede permitirse el menor apoyo a la República española, aunque lo deseara. El SIPM (Servicio de Información y Policía Militar), mejor informado, llega a la conclusión inversa algunas semanas más tarde: «que el Gobierno [francés] ante la política de neutralidad inglesa en el conflicto europeo, y el temor fundado a arrostrar actitudes aisladas, no denunciará el pacto de no intervención, y acusará en declaración solemne, en la Cámara, su política de absoluta neutralidad»⁹⁶. En efecto, es forzoso constatar que el presidente del Consejo francés y sobre todo Georges Bonnet renunciaron a toda posibilidad para Francia de pesar en manera alguna en ese trágico momento internacional. Evidentemente, la única solución aceptable y razonable para París consiste en proponer una mediación entre los dos beligerantes y hacer aplicar el plan de retirada de los voluntarios extranjeros. Pero la acción unilateral de los republicanos no tuvo ningún efecto y todo inclina a creer, según Marcelino Pascua, destinado en la capital francesa, que Bonnet se esfuerza en «facilitar el triunfo de Franco en la línea de Mussolini»⁹⁷. Para Burgos, la razón es evidente: «La política de cobardía [sic] practicada por Francia en estos momentos obedece también a la convicción absoluta que domina en el Gobierno de que el triunfo nacionalista es inevitable»⁹⁸. Lo más grave, sin duda, es que la política de abandono de la República española contaminó a la izquierda francesa, lo que quedaba del difunto Frente Popular, especialmente después de la caída de Barcelona, el 26 de enero de 1939⁹⁹.

A partir de ese momento, no hay nada que pueda oponerse a un reconocimiento oficial de la España franquista. Este es el objeto de la gestión que realiza Léon Bérard ante las autoridades nacionalistas el 4 de febrero de 1939, con conocimiento de un gobierno británico todavía muy prudente sobre este tema. Según las declaraciones referidas por Jordana, las intenciones francesas no pueden ser más claras:

⁹⁵ AMAE, R833 E9, *Informe confidencial de Jordana a José de Suelves*, 9 de enero de 1939.

⁹⁶ AMAE, R833 E8, *Informe n° 3513 (SIPM)*, 26 de enero de 1939.

⁹⁷ Citado en MIRALLES, Ricardo, *op. cit.*, p. 140.

⁹⁸ AMAE, R833 E8, 26 de enero de 1939.

⁹⁹ DDF, Serie II, Tomo 14, 2 de febrero de 1939, n° 21; BERDAH, Jean-François, *op. cit.*, pp. 409-417.

«El Gobierno francés se ha dado cuenta hace tiempo del interés que para él tiene el entablar relaciones con el Gobierno del Generalísimo Franco. Estima que es un asunto urgente. Uno de estos días, acaso muy pronto, tendremos todos los Pirineos como frontera común, y aunque aun hay Pirineos el afecto que ha habido entre los dos pueblos y la historia han hecho que siempre se hayan encontrado de acuerdo. [sic] La cuestión es encontrar el modo de definir la naturaleza de las relaciones entre Francia y España, y el señor Bonnet ha estimado que podrían estudiarse las bases de un acuerdo de esta naturaleza que comprendiera la decisión de enviar un Representante a Burgos y otro del Generalísimo a París, el carácter jurídico de éste y la naturaleza de su misión»¹⁰⁰.

Será preciso esperar aun dos semanas, al 28 de febrero de 1939, antes de que el reconocimiento oficial, *de iure*, del gobierno de Burgos sea anunciado conjuntamente por Francia y Gran Bretaña¹⁰¹. Este reconocimiento ponía el punto final a la política de cobarde abandono puesta en práctica desde el verano de 1936 para con la República española, desde la adopción y puesta en práctica de la supuesta “no-intervención”. Ya se sabe qué precio tuvo que pagar Francia en septiembre de 1939, y aún más en mayo y junio de 1940, cuando le llegó el turno de ser la víctima de la invasión alemana en su territorio. Como ha escrito Gerald Howson:

«tras la guerra civil, numerosos republicanos españoles dirigieron los más amargos reproches, no a Hitler, Mussolini, los británicos o ni siquiera a los soviéticos, sino contra el primer ministro francés, Léon Blum [...] Su responsabilidad era tanto más importante cuanto se trataba de un socialista, demócrata, y un hombre de cultura que había comprometido sus propios ideales»¹⁰²

Aunque la acusación no carece de fundamento desde un punto de vista emotivo, hay derecho a interrogarse sobre lo bien basado de esas palabras en un plano más histórico. Si he insistido tanto sobre las primeras reacciones del Frente Popular francés y las divisiones ideológicas que le afectaban entonces, ha sido para subrayar que Léon Blum no era más que parcialmente dueño de su política exterior y por tanto de las decisiones sobre la República española. Víctima tanto de las profundas tensiones internas de la época como de sus propias convicciones pacifistas, Léon Blum se vio imposibilitado para arriesgar la existencia entera de su

¹⁰⁰ AMAE, R833 E8, *Resumen de la conversación que ha tenido lugar el día 4 de febrero a las 6.30 de la tarde entre el señor vicepresidente del Gobierno, Ministro de Asuntos Exteriores, y el señor Léon Bérard*, 4 de febrero de 1939.

¹⁰¹ BERDAH, Jean-François, *ibid.*, pp. 417-421.

¹⁰² HOWSON, Gerald, *op. cit.*, p. 40.

gobierno a causa de la “cuestión española”. Honestamente, no se puede cuestionar la adhesión de Blum a la República española, ni los esfuerzos emprendidos bajo mano para mantener la “no-intervención relajada” hasta junio de 1938, y más allá con el transporte marítimo, pero en cambio se puede lamentar que su ceguera a favor de la seguridad colectiva haya beneficiado finalmente a las potencias del Eje. Pero, ¿acaso fue el único que encarnó el pacifismo ambiente y que defendió a cualquier precio la seguridad colectiva? Ciertamente no. De hecho, si hay que condenar a alguien, es al conjunto de la clase política francesa, a toda la opinión, y, aún más allá, a las grandes potencias occidentales, empezando por la Gran Bretaña, que hicieron todo para circunscribir la guerra civil, evitar por todos los medios que se extendiera al resto de Europa. Sin embargo, en definitiva, incluso si las políticas seguidas por Berlín o París tuvieron consecuencias similares, las intenciones iniciales del Frente Popular eran radicalmente opuestas a las de la Alemania nazi. En cuanto a la política de acercamiento con la España de Franco, será constantemente denunciada por la izquierda francesa, especialmente por Léon Blum con ocasión del reconocimiento *de iure* del gobierno de Burgos¹⁰³. Si el Frente Popular fue débil y cedió a la política de abandono de la República española, fue porque las democracias y la sociedad internacional habían cedido ya ante la política de hechos consumados de las potencias revisionistas. En este sentido, el hundimiento de la democracia en España no fue más que uno de los dramáticos episodios que llevaron a Europa, y después al mundo, al abismo del segundo conflicto mundial.

Traducción: Asunción Díez

¹⁰³ BLUM, Léon, *L'histoire jugera, op. cit.*, pp. 205-207.